

todas las dichas personas como á visitarle, y habiéndose mutuamente saludado, se sentaron todos por su orden en una pieza, y sin dar lugar á otra conversaci3n empez3 á hablar el V. P. Margil tan solamente del misterio de la Santísima Trinidad y de los atributos divinos con tal energíá y afluencia de textos de Escritura y Santos Padres, que todos admirados solo se miraban los unos á los otros sin hablar ninguno ni una sola palabra en toda la tarde. Algunas veces enervorizado se le encendía el rostro como si estuviese en altísima contemplaci3n, y yo así lo pensé todo el tiempo que duró sería como más de dos horas, porque era por el mes de Diciembre, me pareció un solo instante, y ya que se hubo metido el sol, y sería como á las seis de la tarde, levantándose de su silla los fué despidiendo: *adios, adios*, y nosotros nos fuimos al convento de nuestra posada.

Por todo el camino de Guadalajara hasta Valladolid, sin descansar ni día ni noche, eran los concursos tan crecidos que en más de un mes era preciso confesar los hombres, de noche, hasta las once y doce de la noche; y si yo no le hiciera levantar creo que allí le amanecería confesando; y siempre á las tres de la mañana ya estaba en pié para dar misa. En la ciudad de Valladolid se hizo misi3n muy fructuosa, la que nos ayudaron dos religiosos del Colegio de Querétaro. A las religiosas de los conventos se les hizo pláticas, y todas se confesaron: también los presos de la cárcel y los enfermos del hospital se confesaron y se consolaron.

El camino hasta Querétaro, se prosiguió siempre confesando y predicando y haciendo misi3n en los pueblos, haciendas y ranchos. En la ciudad de Querétaro se confesaron todas las monjas y beatas.

En este lugar le cercenaron el manto cortándole muchos pedazos, que fué necesario el que le hicieran otro en el colegio luego que se conoció el defecto. Desde Querétaro á México siempre á pié y siempre confesando y predicando. La última plática hizo en la hacienda del Cazadero, y duró más de dos horas,

aun estando ya principiada la enfermedad de que murió: la última misa dijo en un pueblo, como veinte leguas ántes de llegar á México, y desde aquí fué ya necesario el conducirlo para la ciudad, por que ya se le agravaba mucho la enfermedad. Llegó á México el día dos de Agosto, ya después de la oraci3n de la noche, y pasando por la puerta de la Iglesia hizo oraci3n para ganar el jubileo de Porciúncula; y luego entró en el convento, y en la enfermería, en los dos días siguientes, recibió los santos Sacramentos con gran devoci3n. Un día ántes de su muerte le enviaron las religiosas de un convento una imágen de Nuestra Señora de los Remedios, y saludándola con grande afecto, muchos religiosos afirmaron haberle oído decir: *adios Señora, hasta mañana*. Dos días ántes que muriera nos echó su bendici3n á seis religiosos que estábamos juntos, unos que había sacado de Valladolid, y otros del Colegio de Querétaro, y nos encargó mucho que prosiguiéramos haciendo misi3n, como lo ejecutamos después de su muerte, misionando desde las orillas de México en todos los pueblos de las sierras de Mexquitlán y Huachinango hasta Tamiagua y Tampico y Tabuco, y hasta la Villa de los Valles. En los días que le duró la enfermedad estuvo con gran paciencia sin quejarse, solo repetía muchas veces *Paratum cor meum*. No llegó á privarse aun siendo la fiebre muy grande; solo se repetía como delirando algunas veces *Acaba, di, cuantas veces*; como si estuviera confesando; y si entonces le hablaban, respondía á todo lo que le preguntaban.

Murió el día seis de Agosto, ántes de las dos de la tarde con gran sosiego. Estuvo su cuerpo dos días y medio sin sepultar. Fué muy grande la conmoci3n y el concurso de toda la ciudad; y si no se hubieran dado las providencias necesarias la devoci3n indiscreta hubiera hecho muchos destrozos. Aun las personas más condecoradas se arrodillaban á besarle los piés, y muchas personas cojian de las rosas que tenía encima y refregándolas á sus piés, las guardaban por reliquia.

En todo el tiempo que estuvo insepulto no se le conoció mal olor: los ojos estaban claros, los piés tan suaves y blandos como si fueran de una criatura: su pecho se mantuvo caliente; yo le llegué á tocar aún al segundo dia: el hábito le destrozaron, y fué necesario mudarle otro; y aún á ese le cortaron aquellas personas más condecoradas, como eran los Prelados de las Religiones, que le cargaron desde la tumba al sepulcro: uno de estos Prelados me enseñó un pedazo que le había tocado. El concurso en el entierro, y tambien en las honras, fué tan numeroso que aseguraban todos no haberlo visto mayor en México; asistiendo todos los Tribunales y lo más lucido de la ciudad, y todos aclamando su santidad.

En todas partes es constante la fama de su santidad; todos los más se encomiendan al alma del P. Margil, y muchos publican haberles socorrido en sus necesidades y enfermedades, unos por que le han invocado; otros que se han valido de sus firmas; otros de sus estampas, y todos con buen efecto. Yo he oido contar muchos de estos prodigios, los que no digo por que necesitan de más comprobación: pero no puedo dejar de decir para gloria de Dios y confusión mia lo que ya sigue:

Once meses acompañé al V. P. Fr. Antonio Margil desde que salió del Colegio hasta que murió: en este tiempo ni un solo instante nos despartamos; juntos caminábamos, juntos descansábamos en una misma posada, juntos rezábamos el Oficio divino; juntos confesábamos gran parte del dia, y muchas veces gran parte de la noche, hombres, sin perder un instante de tiempo desde las tres de la mañana que me despertaba hasta que nos recogíamos; juntos nos sentábamos á comer y juntos nos levantábamos de la mesa, y en fin, todo cuanto hacíamos los dos juntos como si fuéramos los dos uno; y con ser el trabajo tan continuo no sentí en todo el camino la menor incomodidad ni las congojas que suele ocasionar el confesar, ni la repugnancia por la continuación de todo el dia y todos los dias, ni sentí especial cansancio en los caminos, aun siendo muchas

veces las jornadas de siete y de nueve leguas á pié, ni sentí especial congoja con el sol, con el frio, con el aire; ni tuve pensamiento inútil, ni desvelo aún siendo el sueño tan escaso que solo sería de cinco ó seis horas, aun entrando el rato que descansaba á la siesta; ni tuve cuidado alguno que me divirtiera el ejercicio, ni conversación alguna con otra persona; sino como abstraído todo, de suerte que como si no fuera yo me parecieran los once meses como un instante, ó como un relámpago, ó como un sueño: cómo esto fué yo no lo puedo explicar más, y me parece que no podía ser, según lo natural, porque después acá todo se me hace pesado; el confesar continuo me cansa y siempre me deja muchas espinas: el confesonario: el camino á pié me cansa demasiado, aun siendo moderadas las jornadas: el sol, el frio, el aire en los caminos me molesta, y aun sin los caminos, el predicar me cuesta mucho trabajo y fatiga, y en fin, todo me cuesta grande repugnancia; y para todo es menester hacerme fuerza para vencer esta repugnancia: por lo que me parece que la suavidad, facilidad, insensibilidad de todo el camino en los once meses dichos no pueden ménos que ser prodigiosas; esto lo dejó á la consideración de los prudentes, que yo cuando me acuerdo de esto me confundo, y solo digo que ojalá y toda mi vida hubiera sido como estos once meses: Y digo más; que después de estos once meses proseguí misionando á pié hasta la Provincia de Tampico, y volví al colegio de donde salí á los diez y ocho meses con el mismo hábito y con las mismas sandalias sin haberlas remendado ni mudado, sin haber lavado el hábito ni mudádolo, ni haber sentido por esto especial congoja.

A cerca del interior del V. P. Fr. Antonio Margil solo digo, que yo siempre creí que vivió en altísima contemplación por lo abstraído de todas las cosas del mundo, y solo ocupado en las cosas del cielo, y entendiendo siempre en procurar la salvación de las almas, sin respirar más que celo. Algunas veces conociendo el grande fruto que hacía Dios por sus sermones, (y lo espermentábamos en el confesonario) me decia: ¿No dá

gracias á Dios Nuestro Señor el P. Fr. Simón por los frutos que hace en las almas Jesucristo? Siempre decía que Jesucristo predicaba, que Jesucristo confesaba y que Fr. Antonio no hacia nada, nada; y así se firmaba la misma nada.

A cerca de los muchos prodigios que Dios obró en el Reyno de Guatemala, solo diré lo que es tan notorio en las idas y venidas, y rodeos desde Querétaro á Guatemala, y desde Guatemala á los infieles los millares de leguas que caminó á pié siempre, sin provisión, predicando y confesando siempre entre los fieles; y entre los infieles siempre retirado en aquellas frías sierras por más de catorce años, procurando siempre su reducción y fundando tantos pueblos como fundó y dándole Dios tantas almas como le dió. Pero de esto, más y mejor lo dice una carta, de su misma nota, aunque sin firma ni fecha, porque era borrador de la que escribió al R. P. Comisario: y por el contesto de la misma carta, parece que la escribió en el año de veinte ó veintiuno cuando estaba en la Provincia de los Texas. Yo la encontré en varios sobres escritos viejos entre otros rezagos de su misma letra que conozco muy bien, y la trasladé al pié de la letra; solo se hallan en ella tres huecos ó blancos que no pude entender los vocablos, y los señalé con esta señal: (.) La carta es como sigue:

XVI.

Una autobiografía.

Rmo. P. N. Comisario Gral.

Viva Jesús. Y nos guarde á V. Rma para que como otro S. Pedro envíe opostólicos á este Nuevo mundo, y se cumpla en V. Rma. *Ut sit salus mea usque ad extremum terrae. Amén.* Aunque en otra dije

á V. Rma: algo, ahora por que sé que gusta V. R de lo que Dios Nuestro Señor hizo por sus pobres misioneros por estas partes, digo: que luego que vinimos 25 sacerdotes por estas partes, y algunos legos con N. V. P. Fr. Antonio Lináz á fundar el colegio en Querétaro, y que se hicieron algunas misiones en las ciudades más principales, como en México y Puebla, con mucho fruto por la novedad que causó el instituto por estas partes y mayormente el verdadero espíritu del R. P. Lináz; nos envió la obediencia al P. Fr. Melchor López Tolodano; y á mi de la Provincia de Valencia á misionar entre fieles á la Provincia de Guatemala, en el segundo año de nuestra llegada á Querétaro; que ya hace 34 años. Lo que Dios obró en bien de todo aquel Reyno por medio de estos dos pobres hijos de N. P. S. Francisco solo el Señor lo sabe. Todo el Reyno es testigo de vista de como en todos los pueblos, mayormente en los mayores, que son como cabecera de las idolatrías, hechicerías y pactos con el demonio & se quemaron en sus plazas públicamente todos los ídolos de su gentilidad é inmundos instrumentos que les servían para dichas idolatrías, hechicerías y maleficios, entregándonos los *Pontífices, Obispos y Curas*, hasta sus calendarios en que pintados en sus casillas como naipes, tenían todos sus *Naguales*, uno para cada día del año, para cuando nacía alguna criatura bautizarla poniéndole el nombre que le correspondía el día que nacía; y cuando ya era grande la criatura, si era cacique con el *Obispo*, si era principal con el *Cura*, y si *Mazagual* con el *Teniente*, y siendo la criatura ya de siete años, venia el animal en forma visible, y le decian á la criatura, este es tu *nagual* y compañero, y á esto llamaban confirmación: luego para los casamientos, á semejanza de los bautismos, no eran válidos entre ellos si nó se celebraban delante de los *Obispos, Curas ó Tenientes*. Y para morir estos mismos eran los confesores á quienes confesaban todas sus culpas, y ellos los absolvían, que aunque la forma era en su lugar pero en el sentido es lo mismo que yo te absuelvo y perdono tus pecados, en nombre de nuestros dioses. Los *Pontífices* para poderlo ser, y